

Diez estudios sobre Rubén Darío

Por

Luis Merino Reyes

Escribe Arturo Torres Ríosco en su "Revaluación de Rubén Darío", inserta en su *Panorama de la Literatura Iberoamericana* (Zig-Zag, 1964): "Creo que por regla general todo escritor que no sea genial pierde con el pasar del tiempo. No se puede decir ni siquiera que cada generación produzca un genio literario en ninguna lengua; por lo tanto, los escritores que forman la tradición literaria de un país van quedando por ahí medio olvidados, sus nombres siempre presentes en las historias, en las antologías, hasta en las conversaciones, pero sus obras ajenas al interés de los lectores. Son agonizantes que tardan demasiado en morir, pero que están condenados fatalmente".

Contiene una gran verdad relativa, como la mayoría de las verdades, la afirmación de Torres Ríosco. ¿Quién—aparte de los eruditos afanosos por deslumbrar— recita hoy día un verso de Homero, de Píndaro, de Horacio, de Virgilio, ni del mismo dionisiaco Anacreonte? A veces nos acordamos del arcipreste de Hita, cuando se nos viene a la memoria su recomendación de que las mujeres apetecibles han de ser pequeñas y "anchetas de caderas" o si tenemos una polémica o entredicho con uno de esos hombres que sólo parecen varones y nos apoyamos en su afirmación de que "no son hombres todos los que mean a la pared". Don Juan Ruiz, usa este verbo explícito. Pero la vitalidad de los textos es sólo una quimera que alienta al escritor, al poeta, mientras vive. Los hermanos Goncourt pensaban con tristeza que algún día se enfriaría la tierra y entonces sus obras carecerían de sentido. Bien sabemos que en setenta años no se enfrió la tierra y no son muchos los lectores *Renata*

Maupérin. En cambio, está vigente el Premio Goncourt que otorga al instante de ser concedido la nombradía literaria, los cientos de miles de lectores. El Abate Prevost escribió más de noventa novelas y hoy sólo se le recuerda por *Manon Lescaut*; George Sand, ¿cuánto escribió George Sand?, siete carillas diarias, estuviera sana o enferma, enamorada o privada del amor, hasta los 83 años. Quedan en pie, por suerte, los mitos: Un Quijote, un Harpagón, un Père Goriot sinónimo de la paternidad vapuleada por la incommensurable ingratitud de las hijas. Otros poetas subsisten y alcanzan la relativa eternidad, sin ser posiblemente genios, por un verso: "ojos claros y serenos, si de dulce mirar sois alabados"; "volverán las obscuras golondrinas a tu balcón los nidos a colgar". Por suerte, no todos los crulitos están dominados por el escepticismo y vaya en mérito de ellos, el hecho de que luchan por que los escritores no sean olvidados, por sacarlos del anaqueil del silencio y del olvido, por imponer ante lectores de otro tiempo su indudable valor.

Rubén Darío, el gran poeta nicaragüense, "el indio triste que nos enseñó a cantar", según el decir de algún gran poeta español, es un caso que se presta para ser meditado. Nació en Metapa, hoy Ciudad Darío, en 1867, hace más de cien años. Muere en casa de Rosario Murillo, su primer amor que lo siguió hasta el fin, en Nicaragua, el 6 de febrero de 1916, a los 49 años de edad, decrepito como un anciano por las furias y las penas. Las mejores estampas de visión directa, más ciertas que la captación muda de una lente fotográfica, se deben, a nuestro gusto, a Francisco Contreras, a Emilio Rodríguez Mendoza. Este último lo vio, siendo el testigo niño, en casa de su

Diez estudios sobre Rubén Dario [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Diez estudios sobre Rubén Dario [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa